

tablecido, y de no entregar al mundo á una turbacion que era incapaz de soportar; tratábase, en una palabra, de facilitar, al través del sistema, que queria trastornarlo todo, y del que queria conservarlo todo, la senda de la sabiduría y del progreso.

Este fué el problema que se propuso San Francisco. Tal vez estaba llamado á resolverlo de un modo mas especial todavía que el mismo Santo Domingo, porque la larga meditacion que habia hecho del Evangelio y su carácter eminentemente francés, le conducian á una esquisita tolerancia. Pertenece á su siglo, sin duda, y seria absurdo buscar en sus escritos los principios que no debian desarrollarse sino cuatrocientos años despues. Pero si bien no convirtió en sistema su benevolencia universal y su horror á la fuerza brutal, este doble sentimiento brilla, sin cesar, en sus actos y en sus palabras. Penetrado de ese espíritu de mansedumbre que se respira en el Evangelio, repetia continuamente á los religiosos que exageraban la ruda penitencia del cuerpo: "*La caridad, y no el sacrificio del cuerpo es lo que Dios exige.*" Infiérese de esto, y lo diremos depaso, que las

teorías de M. de Maistre, acerca del sacrificio y del suplicio, le hubieran parecido singularmente sospechosas. Mas de una vez escribió á los ministros de la Orden para que no usasen, sino muy raras veces, de la fórmula: *Yo os lo prevengo bajo pena de santa obediencia;* y él mismo se impuso el castigo mas humillante, en una ocasion delicada en que creyó haber abusado de esta fórmula. Además, no se halla ningun vestigio en las diversas leyendas en que se refiere su vida, de castigos corporales impuestos á los Hermanos Menores. Era regla universal, en aquella época de energía salvaje, que los abades y los priores usasen contra las voluntades inflexibles los suplicios mas dolorosos; y no era raro que un monge fuese condenado á morir de hambre en una estrecha celda. Un dia en que un hermano le resistió con esa especie de tenacidad brutal que, por lo comun, despliegan los espíritus impolíticos, Francisco se contentó con obligarlo á abrir una fosa, y cuando bajó á ella el rebelde, le dijo aquel, sonriéndose y con una voz atractiva y dulce: "*¡Hermano, estás muerto? estás bien muerto?*" El hermano se declaró bien muerto y salió



obediente y castigado, de su tumba simbólica. En la caridad evangélica que lo animaba, Francisco no comprendía que esos suplicios fuesen benéficos. Cuando su Orden se estendió por todas partes, y que se introdujeron en ella algunos desórdenes inherentes á una institucion tan vasta, le aconsejaron que se sirviera de medios enérgicos para reprimirlos; y él dió entonces esta respuesta, que se admiraría en un hombre del siglo XIII, si los santos no tuvieran mas aún que los filósofos y los grandes legisladores, el privilegio de adelantarse á su siglo." *Mi poder es todo espiritual, es decir, que consiste en dominar y corregir espiritualmente los vicios de los hermanos. Si no puedo corregirlos por la predicacion, el consejo y el ejemplo, no quiero venir á ser un verdugo, como son los poderosos del siglo."*

Un hombre de semejantes sentimientos no podia proceder, por solo el anatema, contra los disidentes: debia buscar la solucion del enigma social, el fin de la crisis en una institucion que abrazara en parte las ideas nuevas, conservando en su pureza el ideal de la fraternidad y de la comunidad propuestas por

el Evangelio. En efecto, se hizo como los innovadores, por emplear sus expresiones favoritas, discípulo, caballero y amante de la pobreza; volvió á poner en boga la máxima [olvidada y despreciada desde que Constantino unió la iglesia y el Estado] de que los pobres y los pequeños son los privilegiados de Dios. Quiso que su estado habitual de privacion y de miseria viniese á ser el estado y como la profesion de los que se consagraban á la vida perfecta; no era bastante glorificar sus dolores, quiso glorificar tambien las aparentes humillaciones á las cuales les condenaba el destino. Los hereges se quejaban de que la iglesia no honraba á los pobres, y Francisco triunfó de sus quejas cumpliendo, excediendo sus deseos: no solo se hizo pobre, quiso tambien ser mendicante.

La Orden, segun su regla, jamás puede poseer nada en propiedad, á fin de que siendo la pobreza su herencia perpetua, tuviese siempre el privilegio de depender de todos y de cada uno y el honor de santificar á los humildes á la vista de los pueblos. Así, precisamente, por esta renuncia absoluta, por esta profesion eterna de mendicidad, se dis-



tinguió de todos los que le habian precedido.

No hay que engañarse; esta solución que Francisco de Asis dió al gran problema del siglo XIII, era muy diferente de la solución vulgar que consistiera simplemente en recomendar la limosna. El *patriarca de los pobres*, como lo llama San Buenaventura, no quiso solamente que se tuviera para con los pobres, los humildes y los que son víctimas del dolor, una poca de esa misericordia que, por lo comun, daña al alma aliviando el cuerpo: lo que pedía para los que sufren, era el respeto, ese respeto profundo y sincero que quiere que el ente que es su objeto sea considerado de alguna manera en los negocios públicos; ese respeto que le inspiró después el feliz pensamiento de reunir en la Tercera Orden á todos los consejos italianos, para dar así al pueblo una nueva fuerza [\*]; ese respeto, en una palabra, que vino á parar, porque era verdaderamente evangélico, no solamente en algunas obras individuales, sino en una obra política de igualdad.

(\*) Véase el cap. II.

Así como San Benito habia, de algun modo, santificado el trabajo ejerciéndolo con sus venerables brazos, así el jóven comerciante de Asis acababa, á su vez, de santificar la pobreza uniendo en sus manos la alforja y la cruz. La independencia de la propiedad rústica habia sido fundada por el primero de estos dos grandes hombres; y el segundo fundó la independencia y los derechos del pueblo que nada posee en terrenos.

Pero al mismo tiempo que conservaba el ideal cristiano, y que defendía con vigor los derechos futuros del tercer estado naciente, se guardaba de ofender, como los hereges, los derechos adquiridos y todo aquello que era necesario en el orden legal. No quería que los que aspiraban á la vida perfecta, y en alguna manera sobrenatural, tuviesen propiedad aún colectiva, y les prohibía recibir dinero en cambio de su trabajo, porque aquel le parecia el símbolo de la posesión individual; pero no debe inferirse de esto que en el orden natural consideraba á la propiedad como una iniquidad, y á la riqueza como un vicio. En los escritos de este santo patriarca no se halla una sola línea, una sola palabra



que dé á entender que condena de ninguna manera la propiedad y la riqueza con relacion á la justicia. Cuando celebra la pobreza, no considera las relaciones de los derechos que existen entre los hombres, sino las relaciones que hay entre el alma y Dios. Preséntala digna del respeto universal, porque ella ha sido el estado del Hijo del hombre, y porque arranca del corazón las preocupaciones egoístas y terrestres. “El tesoro de la santa pobreza, dice, es tan excelente y tan divino, que somos indignos de poseerla en el fango de nuestro cuerpo. Esta virtud es, en efecto, lo que remueve todos los obstáculos cuando nuestro pensamiento quiere dirigirse á Dios; ella es la que abraza el alma en la tierra, y la lleva al cielo en plática familiar con los ángeles; la que está unida á Cristo en la cruz; la que descendió con Cristo al sepulcro, resucitó con Cristo y subió con El al cielo; y es la que, en la tierra, da alas para volar hasta Dios á la alma que sabe amarla.” Y en otra parte: “Sabeis que la pobreza es la reina de las virtudes, porque brilla con un resplandor soberano en el Rey de los reyes y en su real Madre. Estad per-

„suadidos, hermanos míos, de que la pobreza „es el camino especial de la salvacion, porque „es el alimento de la humildad y la raiz de „la caridad.” Otras veces tambien parecia que hacia memoria de Platon, y consideraba á la riqueza como un obstáculo para la paz perfecta del alma, para esa concordia completa y universal que amaba con tanta mas pasion, cuanto que vivia en tiempos muy agitados. Un dia le representaba un obispo que la regla de la pobreza absoluta era muy dificil de practicar. “Lo que me parece duro y „penoso, exclamó S. Francisco, es poseer esos „bienes que se necesita tanto cuidado para „conservar: esos bienes que ocasionan litigios y discusiones, y que tienen por término “la guerra.”

Tal es el lenguaje constante del primer representante de las ordenes mendicantes. No se encontrará en él una sola alusion contra el derecho inherente á los individuos, ni menos á las familias, de apropiarse por el trabajo y con la sancion de la ley civil, los productos de su industria. Por último, es verdad que á su vista aquel que aspira á la perfeccion de la caridad, debe renunciar este derecho; pero,



es claro, que si lo renuncia, es porque le pertenece en justicia.

Así, pues, San Francisco no solamente no pensaba en que su amor fervoroso y su tierna predilección por los pobres, debía convertirse en odio contra los ricos, sino que también quiere que estos sean respetados y amados por sus discípulos. "No desprecies, dice, á los que viven con delicadeza y que usan vestidos lujosos; nuestro Dios es también Señor de ellos y puede llamarlos, y después de llamarlos, justificarlos: reverenciémoslos como nuestros hermanos."

De este modo, separando San Francisco en la revolución que agitaba á sus contemporáneos, la parte de verdad de la parte de exageración, cumplía con ella, haciéndola entrar en sus justos límites. Gracias á él, la idea de la igualdad natural, ó mas bien, de la superioridad de los pobres, pudo dominar en el mundo sin trastornarlo, y preparar los progresos futuros de la civilización, sin alterar los principios inmutables del orden social.

La Orden de los Hermanos Menores, durante la Edad Media, ó mas bien, hasta la revolución francesa, permaneció fiel al pri-

mer pensamiento de su institución. De las ideas que, en aquella época se manifestaban en la filosofía, en las ciencias y en la literatura, tomaba todo lo que no era esencialmente condenado por la doctrina ortodoxa; y no se detuvo aquí; deseosa de adelantarse á los siglos, buscó en el dogma, en la moral y en el catolicismo todo lo que podía contener un gérmen de progreso y de conquista para el espíritu humano: se mostró innovadora por excelencia, y contribuyó, en cuanto pudo, á ingerir en la Europa esa inquietud por lo mejor, que es su tormento y su gloria. Llevó, otras veces, á los mas distinguidos de sus miembros á salirse fuera de los límites de la prudencia por esa infatuación en favor del progreso; infatuación excusable, pero á la vez la mas peligrosa de todas. A fuerza de rozarse con los innovadores hereges, se introducía en la misma heregía; pero esto no era mas que un accidente en su historia, un accidente que se manifiesta en todas las Ordenes. Jacopone, Alejandro Ales, Varon, San Buenaventura, Roger Bacon, Duns Scoto, Francisco de Mayronis, y la Universidad de Paris, que, en general, fueron inspirados por su espíritu, tu-



viéron el honor de descubrir ó de aceptar todas las ideas nuevas que estaban de acuerdo al mismo tiempo con la razon y la fé. Tuvieron aquella valentia prudente, que hace pasar junto á los escollos descubiertos, pero sin chocar contra ninguno; ó en otros términos, fueron los obreros mas juiciosos y mas enérgicos de esa obra civilizadora que se preparó desde la Edad Media, y les bastó para alcanzar tan grandes resultados, penetrarse del espíritu de San Francisco, y mostrarse, en sus meditaciones filosóficas, en sus inspiraciones poeticas y en sus sermones sociales, discípulos fieles del patriarca de los pobres.

recibidas en un principio, pero siempre firmes hasta el fin. Así, pues, desde que el Santo comenzó á predicar la paz, la penitencia y la pobreza, vino á ser objeto de la atención pública. Unos lo ridiculizaban, otros lo aplaudían, pero ninguno se mostraba indiferente. Hacíanse todos preguntas sobre la vida pasada de este hombre extraordinario, que tan pronto nos parecía comprender las necesidades de la sociedad, cuanto nos entregado á Dios vivía, y las poblaciones enteras se recolectaban para maravillosos hechos acerca de él.

## II.

*La juventud y la conversion de San Francisco.*

Acabamos de ver cual es la idea primera, el pensamiento inspirador y dominante que dirigió todos los esfuerzos de Francisco de Asis, y que presidió á la institucion de los Hermanos Menores. Los espíritus estaban ya preparados; las sangrientas é interminables luchas los habian puesto en sazón para acoger las doctrinas conciliadoras, siempre mal